

# **Cantos de vida agreste**

Pedro Favaron

Favaron, Pedro

Cantos de vida agreste / Pedro Favaron ; Compilación de Liliana Hernandez Coronado ; Editado por Martin D Cernadas. - 1a ed compendiada. - Capilla del Monte : Martín Darío Cernadas Toba ; Córdoba : Liliana Hernandez Coronado, 2025.

Libro digital, Amazon Kindle - (Ecopoesia / Guzzo, Rosario ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-00-7983-7

1. Poesía Latinoamericana. 2. Filosofía de la Naturaleza. 3. Poesía Peruana.  
I. Hernandez Coronado, Liliana, comp. II. Cernadas, Martin D, ed. III. Título.  
CDD Pe861

((@))Todos los derechos reservados

Tepatiki Ediciones

Cerro Aconcagua 2270, Capilla del Monte, Córdoba Argentina

info@tepatiki.com.ar, www.tepatiki.com.ar

Ilustración de portada: Chonon Bensho, Inin Paro (El río de los perfumes medicinales).

Fotografía de contraportada: Pedro Favaron y su esposa Chonon Bensho.

Impreso por Cooperativa Esquina Libertad

cooperativaesquinalibertad@gmail.com

https://equinalibertad.coop.ar

Ig: @copeesquinalibertad

# Inka



## Palabras preliminares

He sido movido a escribir este poema por un llamado implacable de la Tierra y el Espíritu. El aliento que anima estos versos, el influjo telúrico y vertical que emana de ellos, no me pertenecen: son voces muy antiguas las que se entrelazan en este poema. Las raíces del canto beben de puquiales visibles e invisibles, de las paqarinas de los pueblos andinos y amazónicos; la irradiación que lo nutre proviene de la fuente misma que dio origen a la existencia, Pachakamaq, el animador del mundo. Lo he escrito inspirado por los hatun runakuna que persisten sintiendo el pálpito desnudo de la naturaleza; por todos aquellos hombres y mujeres aún cercanos a los elementos fundantes de la vida. De los yachaq he aprendido a pensar con el corazón y hablar de forma adecuada con todos los seres vivos. Lo he escrito, tal vez de forma preponderante, para quienes, no habiendo nacido en una comunidad nativa o campesina, sin haberse criado envueltos por la dulzura de una lengua amerindia, sienten viva la convocación de su ancestralidad. Como yo mismo he recorrido el camino del retorno, como he podido desembarazarme del andamiaje moderno y recuperar un corazón aliado a todos los seres vivos, espero que mis versos sean un aporte esclarecedor y vivificante.

En este antiguo territorio del Tawantinsuyu, como en buena parte del continente americano, cada uno de

nosotros vive, en diferentes grados, un proceso personal y social de transculturación. Todos somos productos del mestizaje, aunque éste se experimente de manera singular por cada uno de los pueblos e individuos que componen nuestra irreductible heterogeneidad. El problema mayor reside en que estos mestizajes se han dado, muchas veces, de manera violenta, mediante el ultraje de la mujer indígena, generando toda suerte de resentimientos y desviaciones.

Como he escuchado decir al poeta David Novoa, hombre embebido de la campiña de moche y sus antiguos templos, el desprecio omnívoro hacia la madre indígena es causa principal de nuestros complejos psíquicos, de esa incapacidad de aceptarnos, de ese sentimiento de inferioridad y ese odio que sentimos hacia nosotros mismos y hacia nuestros paisanos, siempre queriendo aparentar ser lo que no somos. No respetar el principio femenino que sustenta nuestra existencia es un camino seguro de autodestrucción.

Este poema se vincula con buena parte de la poesía indígena que se viene escribiendo de manera creciente en el continente americano. Y retoma el ya antiguo linaje literario y filosófico andino y mestizo que fuera inaugurado por el Inka Garcilaso y Felipe Guaman Poma, que volvió a tomar cuerpo e impulso en César Vallejo, José Carlos Mariátegui, Valcárcel, Gamaliel Churata, entre otros artistas e intelectuales de la primera mitad del siglo XX, y que alcanzó una cima tan precisa y conmovedora en José María Arguedas. Es un texto escrito de manera preponderante en nuestro castellano andino (que ya no tiene el tono tosco

de la lengua de Castilla); pero en sus versos se entrelazan también voces del runasimi, con toda la profundidad y elevación de su pensamiento y la musicalidad de su poética. Así mismo, este poema bebe y se nutre de manera profusa de la oralidad, la narrativa, la poética, las esperanzas y la espiritualidad de muchos pueblos andinos y amazónicos con los que he convivido y entre los que he vuelto a nacer. Yo soy un hombre nuevo y mi espíritu es antiguo. Sé conversar con las plantas y las aves, con el río y con las montañas.

La esperanza del retorno del Inka ha animado muchas de las expresiones culturales e íntimos sueños de los pueblos andinos y de la Amazonía occidental. Creo que la categoría espiritual de Inka no ha sido del todo entendida por las academias, condicionadas por la imposición colonial de metodologías extranjeras. El eurocentrismo es causa de ceguera y pretenciosa debilidad. Cuando hablo del Inka no hago referencia solo a ese supuesto imperio asentado en el Qusqu por unos cuantos años del que hablan los historiadores (falsos) wiracochas. Inka es un estadio espiritual de iluminación. Inka fueron nuestros antiguos sabios que enseñaron al pueblo humilde a ser humanos de forma legítima; ellos transmitieron a los antepasados los principios solares de laboriosidad, generosidad, complementación, cuidado mutuo, defensa de los débiles, reciprocidad, y el resto de prácticas vitales que permiten alcanzar una vida hermosa y digna. Fueron los Inka quienes presidieron esa confederación milenaria llamada Tawantinsuyu, en la que no hubo hambre ni gobernó de

manera tan descarada la corrupción y el asesinato. Sin embargo, fue la codicia interna y la importada lo que terminó por destruir su regencia.

Se dice que los Inka se han alejado de los pueblos, cansados de nuestros malos pensamientos y actitudes miserables. Sin embargo, y según cuentan las narraciones de los sabios rurales, ellos no han muerto, sino que viven en mundos ocultos. Hay quienes dicen que lo hacen en el fondo de algunos lagos, otros en cavernas subterráneas o en ciudades perdidas en la fecundidad amazónica. Se han organizado expediciones, desde la época de la conquista y aún en esta era científica, para encontrar estos sitios escondidos y arrebatar el oro. No han tenido éxito. Pero se cuenta que algunos campesinos o pescadores de río, han sido recibidos por los Inka en sus moradas y, siguiendo los antiguos ritos de la hospitalidad, les han regalado objetos de oro para manifestar su afecto. Una y otra vez se afirma que los sabios Inka solo dan la bienvenida a las personas humildes y sin codicia; a ellos revelan conocimientos resplandecientes y cantos transformadores.

Gracias a mi matrimonio con Chonon Bensho soy miembro de una familia del pueblo shipibo-konibo, de la Amazonía peruana, que ha practicado los caminos iniciáticos y medicinales desde antiguo. Las narraciones ancestrales del pueblo de mi esposa cuentan que fueron los Inka quienes transmitieron a los shipibos sus ciencias y les enseñaron a usarlas de forma apropiada para beneficiar al resto de seres sensibles. Los médicos shipibos, los Onanya,

conocen caminos iniciáticos para desplazarse a las regiones visionarias y vincularse con los Inka espirituales. Quien, gracias a los ayunos y purificaciones, puede acceder a estos mundos, recuperará la iluminación del Gran Espíritu, fuente que da luz a las estrellas y al padre Sol. Este poema, entonces, es un canto de videncia y una oración de súplica a los antiguos Inka; es fruto de su sabiduría y de haber recorrido caminos casi perdidos. Es un canto que celebra la vuelta de los sabios Inka en términos espirituales. No se pretende, con esto, reinstaurar formas extintas de organización social y política, sino recuperar y dar voz a aquellas sabidurías indígenas que siguen vivas y fecundas. Es un canto de quien se ha vinculado con los hermosos y brillantes mundos de los Inka. Esos padres misericordiosos nos transmiten su fuerza espiritual, su orientación y su afecto compasivo.

Muchos sabios de distintos pueblos indígenas afirman de forma inequívoca que el ser humano que no sabe soñar y vincularse con la fuente espiritual que dio sustento y fuerza a sus ancestros, es como un tronco seco. En cambio, quien recorre los senderos arduos, austeros y verticales de la ascensión a las montañas espirituales, llega a realizarse a sí mismo. Sus pasos serán firmes y prudentes, su mirada será honda y clara, su pensamiento será fuerte y sin egoísmo, sus palabras serán medicinales y sabrán dar luz en la oscuridad, consejo en la desorientación, calma en el sufrimiento. Sin lugar a dudas, una transformación semejante tiene implicancias políticas, pero no a la manera en que esta civilización de la opresión y la mentira practica

la política. Estamos cercados por la oscuridad; pero no es menos que nosotros alimentamos esta larga noche con nuestros apegos y deseos. Volver a los montes y beber de las fuentes eternas es un camino medicinal de libertad e iluminación. No pretendo, entonces, quedar afincado en lo literario; doy cuenta de una experiencia espiritual que puede ayudar a aliviar el corazón cansado de quienes saben que la vida competitiva, envidiosa y acelerada es una enfermedad que precisa cura. Las voces sabias de los Inka, que descienden desde las cimas del espíritu, siguen ayudándonos a vivir de forma hermosa y digna.

Concluyo estas palabras preliminares agradeciendo a Irene Arce, hatun panay, a Florentino Díaz Ahumada, a Franco Castañeda y David Novoa, a José Carlos Orrillo, a Violeta Percia y Yaxkin Melchy, todos ellos capaces de sentir el palpito de la tierra y la vida insondable del océano. A mi esposa Chonon Bensho, a toda mi familia shipiba y a aquellos parientes médicos de antiguo linaje que me han abierto las puertas de su conocimiento y medicina con generosidad. A Alejandro Enciso Altamirano, poeta chanka, a Mario Galicia Panica, allin amawtay, y a Raúl Cisneros. Agradezco al colibrí, al chiwaku y al canto del wanchaku, al pez dorado y a los ríos profundos, a Micaela Bastidas y al cacique de Tinta, a Beatriz Clara Coya, a Juan Santos, a Jaime Guardia y Raúl García, a Silva Pichincucha y Ranulfo Fuentes, y a los sabios campesinos, a las mujeres tejedoras, a los danzaq, a los ceramistas y talladores, y a todos aquellos que no nos han dejado olvidar el influjo telúrico de nuestra procedencia, nuestra panaka verdadera.

Sentado sobre la tierra  
junto a los ancianos de mi pueblo  
he recordado un canto  
hermoso y vertical  
que hacía mucho había olvidado.

Ese canto luminoso  
ha entrado en mi cuerpo  
como agua de puquial  
para calmar mi vieja sed  
y sanar las hondas grietas  
bajo mi pecho errante.

Es un canto semejante  
al canto de los antiguos  
que cantando conversaban  
con ríos y montañas.

Es pálpito de alturandina  
que cantan los retornantes.  
Desciende desde cumbres  
de los cerros tutelares  
hasta el alma del hampiqkamayuq.

Bajo la sombra perfumada  
de un molle saludable,  
entre romeros y retamas,  
empiezo a olvidar cantando  
los años agrios y confusos  
que anduve lejos de casa.

Hubo un tiempo oscuro  
cuando hallé estrecha mi huerta  
y desprecié mi casa.  
Negué la lengua de mis padres  
hasta el punto de olvidarla  
y la voz de la quebrada  
que dulce me llamaba.

No quise escuchar nada.  
Dejé el valle de mi infancia  
y partí a costas distantes,  
para hundirme en las ciudades.  
Anduve entre altos edificios,  
entre multitudes indiferentes,  
y el frío del concreto  
me congeló el corazón.

He vivido entre fantasmas  
adictos a la sangre humana  
una vida que no era mía.  
Y llegué a pensar que nada existía  
fuera del cemento interminable.

Fue como descender al infierno  
consumido por rabia paria  
y agonizar bajo enferma bruma  
entre polvo y esteras.

He visto estremecido  
la falsía y maldad del mundo,

la náusea homicida  
y los ricos ladrones yana alma  
que gobiernan mi antigua patria.

He visto bajo la codicia  
a la tierra pisoteada,  
a las madres escupidas,  
a las wakas profanadas  
y a los cráneos de la negra magia  
hipnotizando a las masas.

Y he visto ríos  
asfixiados con mercurio  
por el rito de ídolos barrocos  
que claman a Dios siendo demonios  
y expropian sueños, tierras, cielos,  
saqueando con fiebre ávida.

Me he instruido en las academias  
y conozco el crimen de la historia,  
la torre edificada  
por la inclemencia tirana  
del Príncipe del Mundo.  
Conozco la plusvalía y la dialéctica,  
y las guerras que traman  
los amantes de la intriga.

Conozco a los padres ilustrados  
de las carniceras patrias  
y el culto eufemismo

de la pacificación.  
La vanidad de las batallas,  
la sangre bajo las estatuas  
que celebran la nación...

Sé que la muerte es blasón  
de la sociedad civilizada  
y que los colegiales marchan  
bajo una aberración  
de carnicería opaca.

Humano señor:  
conozco la dimensión  
de tu insaciable vanidad,  
y cómo los fríos metales  
y las riquezas del mundo  
desencajan tus pupilas y quijadas.

Me turbó la cólera  
al saber todo lo arrebatado  
mientras nos llamaban caníbales,  
piojosos y embrutecidos,  
y nos daban de comer el estiércol  
de sus caballos de acero  
y el humo negro de la industria  
enterrados mina adentro  
como si no fuésemos humanos.

Pero supe también que indio  
no era nombre originario;

hatun runakuna eran llamados  
todos los campesinos,  
gente de pensamiento elevado,  
en el tiempo de los Inka.  
Y ya no quise más  
andar con corazón endurecido,  
ni ser un pájaro forastero,  
conviviendo con hijos del diablo  
que viven como si no vivieran,  
sin compasión y acumulando.

Hundido en ese oscuro chuco  
delimitado por falsa luz  
recordé al Dios de mis padres,  
a los lagos y a los cerros,  
al vuelo de las águilas,  
a los alegres taki de la infancia,  
al alimento de miski aqha.

Comprendí que mucho enferma  
el resentimiento y el hastío,  
y el vivir lejos de la tierra,  
sin parientes, sin el sustento  
del olluco y los consejos  
que brindan los abuelos.

Libre sueño de lucidez:  
quise olvidar amargos recuerdos  
como si historia de derrotas  
y de cruenta opresión,

solo fuera pesadilla y borrachera.

Vi caer los waykos  
contra la cabeza inmensa y acerada  
de los falsos wiracochas.  
Y sentí la tierra temblar  
bajo el peso de sus pecados.  
Entonces supe que había llegado  
el tiempo de abandonar la ciudad.

He subido los hatun cerros  
buscando el silencio trascendente  
y el aire frío y seco  
purificando mis pulmones,  
endureciendo mis huesos,  
fortaleciendo mis muslos,  
aligerando mis pensamientos.

La soledad y la callada vibración  
de las grandes montañas  
son el refugio arisco  
de lo noble y santo.  
Nada es el hombre  
que pierde su origen paqarina  
y desconoce su nombre primigenio.

He escalado recias piedras  
en ayuno peregrino  
y he pegado mi oreja  
contras las rocas y la tierra

para escucharlas hablar.

Un rezo ancestral se despertó  
en lo hondo de mi médula  
cuando remontaba el curso de los ríos  
anhelando resplandor;  
y un día interminable me convocó  
a nacer de nuevo sin congoja,  
semejante a aquellos que fueron  
un solo corazón con allpa y cielo:

Te pido, Taytachay, me perdones.  
Fui necio creyéndome sabio.  
He sido como el burro de Vallejo,  
cercado por la tristeza migrante,  
transhumante sin parientes,  
lejos del cariño de mi panaka.

Kay pachapi runakunan te hablan.  
¡Uyariy!, pues nada somos sin ti.  
Muéstranos el camino  
del corazón que retrocede  
al principio donde brotan  
hombres y mujeres simples  
que se aman sin afanes  
y ven al sol ocultarse, agradecidos.

Ruedan piedras por el río,  
esperanza que nazca nuevo alba  
y volver a ser pueblo intacto,

campos saludables trabajados  
con solidaridad y sin envidias.

Respóndeme, Señor y Misterio,  
y no persistas callado:  
¿Hasta cuándo han de gobernar  
estas víboras de engaño,  
estos sepulcros blanqueados  
que al Cristo mismo crucificaron  
y en su nombre nos castigan?

Maypin kanki. Hanan pachapichu.  
Kay pachapichu. Ukhu pachapichu.  
En todo husmeo tu presencia  
pero sé que en nada arraigas.  
Eres fuerza que camina  
entre piedras erguidas.  
Eres raíz de toda causa.

No dudo de tu promesa,  
de la profecía de los ancestros,  
de aquello vaticinado  
por las vísceras de las llamas:  
todo llanto será consolado.

Ha de llegar un tiempo  
de pleno crecimiento  
cuando vuelvan respiros dilatados  
a los valles generosos  
bajo el cuidado del padre Sol.

Nunca ha muerto  
el río Sapan Rimayniyuq,  
ni la piedra Waman Uma,  
ni la cocha sagrada.

Las enseñanzas  
del sabio Manqu Qhapaq  
siguen anudadas  
en las cuerdas del aire:  
él nos enseñó a ser humanos,  
a cuidar del enfermo, del anciano,  
a hablar con respeto,  
alimentar la vida del hermano.

Somos hijos de las lagunas,  
somos greda y espuma;  
somos hijos de la madre  
de todas las aguas,  
hijos del agua ilimitada,  
del vientre luminoso y parturiento,  
de la oceánica hembra  
que nutre a todos los seres,  
sin hacer distinciones,  
sin mirar a quién.

Paqarina invisible,  
paqarina luminosa,  
madre de toda estrella y luz,  
ñawi puquio generoso,  
atmósfera sanguínea,

madre infatigable del perdón:  
unuykita munashani, hatun mamay,  
sumaq warmin kanki,  
sapan sunquyuq warmi.  
No nos abandones.

Sin palabras convoca  
sabio útero, madre curativa,  
apu qucha, matría primera.  
Un principio femenino  
vincula y alimenta  
diversas existencias.

Nada sería mi pueblo humilde  
sin su Madre eterna  
y sin su Padre Inka  
que no fallece y siempre nace  
en maíz de solar potencia,  
de vida infatigable  
que no cesa de gestarse.

Aparecen y fugan las estaciones,  
pasan las lunas,  
rotan las estrellas,  
pero montañas persisten  
en su centro imperturbable.  
Soy hijo de su altura,  
de su anhelo vertical  
por beber agua del cielo.

Respondo al íntimo instinto  
que anhela respirar  
altiplanos del Espíritu.

Ahora sí que he recordado  
a cantar como un antiguo  
unido a los árboles,  
a las nubes y a la lluvia,  
a los abismos insondables,  
a las hierbas aromáticas

y convocar la vida  
de todas las semillas,  
y propiciar el crecimiento  
de las plantas sabias.

Soy el canto que engorda  
los sinchi nunatorios,  
la plegaria humilde  
que funda las chacras.

Otra vez sé hablar  
con los Dueños espirituales  
de los cóndores y ciervos:  
hatun urqukuna, willka wamani  
sostengan nuestros pulsos.

Alégrense, Apukuna generosos,  
compartan conmigo  
el suave embriague.

Protéjanos, fuertes Señores,  
Quyllur Riti Sion inamovible,  
Waskaran Horeb de la revelación.  
No destruyan a sus criaturas,  
cólmenos con voz serena,  
con palabras fértiles.

Quri wayra cae sobre mí  
perfumándome con ruda y toronjil.  
Es un poema cascada  
de moléculas brillantes  
brindándome asombro.  
Ahora sí que sé cantar  
con la videncia de los sabios.

Allin punchaw del adentro,  
raymi de corazones puros,  
irremplazable regalo de Dios,  
luz del hanan pacha,  
kusitan takishani.

Suenan palabras del poema  
antiguas y profundas  
de plena libertad.

He recorrido mi casa ilimitada  
en oníricos desdoblamientos.  
He penetrado en un río sin tiempo,  
en un aereoáisís,  
en cielos multiplicados

y en geografías inexpresables;

he visto el pueblo dorado,  
la tierra sin mal de los Inka.  
Fui recibido por los sabios abuelos  
y he acullado coca con ellos.

Soy vieja piel dejada en purgas,  
de viejos hábitos desnudo,  
calato de imposturas,  
respirando por vez primera.  
Soy hombre renacido,  
semilla que surge reinventada,  
canto de fuerza increada.

Me mantengo origen del mundo.  
Soy luz de luz,  
átomo en el océano primero,  
madero que arde  
hasta ya no ser madero,  
chispa del fuego imperecedero.

Soy hijo del conocimiento  
de los Inka eternos,  
sin oponerme en nada  
ante el inmenso arcano.  
Existo sin fisuras,  
sin separación.

Mi canto es cascada ascendente

de verbo iluminado;  
fulgor de inicio que brota  
como dictado por una voz  
que me atraviesa.  
Soy un tú y un él y un nuqanchis,  
todo lo existente sin ser yo.

Canto palabras convocantes,  
leyendo partitura escrita  
en el aire y en las rocas,  
y mi canto es río curativo  
enraizado presente, inagotable.

En mi canto cantan saludables  
las flores y la madrugada.  
En un solo verso se entrelazan  
futuro y pasado en kay pacha.

Voz de arroyos ascendentes,  
almas clarificadas en silencio,  
arroyos medicinales que descienden  
en eterno retorno a su fuente.

Desde la profundidad de mi silencio,  
desde mi quietud vacía,  
surgen voces Inka  
qhapaq simi, allin simi, sinchi simi:

“Somos vida bajo tierra,  
samay que nutre las huertas,

luz en cavernas subterráneas,  
espíritus de las alturas,  
de los venados y calandrias.  
Aunque no puedan vernos  
con los ojos de sus cuerpos  
no hemos muerto”.

“Anda y dile a tus paisanos:  
búsquenlos de todo corazón,  
con pupilas inocentes,  
llenos de sencillez y piedad,  
en la raíz de sus conciencias,  
en la intimidad de sus átomos,  
en los lugares altos y alejados,  
en las rutas poco transitadas,  
en la videncia reminiscente,  
en las palabras de los ancianos,  
en los sueños y oráculos,  
en los kintus de la ofrenda,  
en las danzas de primavera,  
en la abundancia de la tierra,  
en el arado campesino,  
en la minga y en los huainos”.

“Nunca los hemos abandonado.  
Nuestra compasión es infinita.  
No dejamos a los desvalidos,  
somos padres de los huérfanos,  
cuidadores de las viudas,  
protectores de las aves”.

“Solo hablamos a los humildes.  
Somos ñawpaq pacha  
reverdeciendo en la calma  
del pueblo sereno y dócil,  
silvestre, recto y valiente”.

Enséñenme, padres bondadosos,  
a sentarme en paz a escuchar  
el descanso claro del totoral  
y el zumbido de prósperas edades  
naciendo en mis entrañas.

No permitan que deje de agradecer  
al Dios aliento que todo  
lo renueva y lo levanta.

¡Enjuaguen nuestras lágrimas!  
¡Que no se escuchen más  
alarma y metralla  
en nuestras plazas!

¡Que nuestros pensamientos  
sean vigorosos  
y soporten toda adversidad!

Bajo su paterno amparo  
nuestros hijos crecerán sabios  
árboles hina, fuertes y longevos,  
en la duradera paz del ayllu.

El resplandor de los Inka  
brinda inteligencia y ánimos  
y nos hace legítimos runas del afecto.

Tukuy sunquy les he entregado.  
Tukuy sunquywan,  
canto enamorado.  
Gracias a su influjo  
somos prudentes y certeros.  
Siempre Hanan Pachaq churin,  
Intiq churin, Inkaq churin,  
allin runakuna.

Poca salud encuentro  
en las noticias tumultuosas  
que saturan estos tiempos.  
No persigo la novedad,  
ni el artificio del poema.

Ya solo tengo oídos  
para los harawis inagotables  
de los Inka que no mueren.

Sentado sobre la tierra  
junto a los ancianos de mi pueblo  
y bajo la mirada atenta  
de las altas montañas

el viento trae un huaino místico,  
que baja silbando

verde y fecundo  
para refrescar cielo y laderas

y purificar el entendimiento  
de aquellos que permanecen  
ceranos a los elementos primigenios.

La clorofila del verbo vivo  
penetra las arterias  
y limpia nuestra sangre,  
aligera nuestros cuerpos  
y eleva nuestros espíritus  
hacia la luz del origen.

Hampiq simi:  
mundo nuevo nace  
con tu oración alada,  
con tu plegaria que vincula  
todos los tiempos y espacios,  
las geografías visionarias  
del alma emancipada.

¡Erradica todas las fatigas!  
¡Rehaznos pueblos honestos,  
devuélvenos el sabio pálpito!

¿Es acaso profecía cierta  
toda la bondad que ahora  
me prometen las visiones  
de los amawtas luminosos

que hablan en la clarividencia  
de mi conciencia expandida?

Vislumbro musuq pacha  
regida sin gobierno  
solo por el amor ilimitado  
de Cristo Sol sinchi roca

pastor entre pastores,  
hatun runa campesino,  
multiplicando los panes,  
curando a los enfermos,  
curando a los ciegos,  
a los perros endemoniados,  
dando de beber a los sedientos,  
viviendo de sus manos  
callosas sobre la lampa  
y puliendo las maderas.

No quedan más pontífices,  
ni ladrones ni verdugos,  
solo el pueblo santificado  
en fuego, ayuno y humildad.

¡Allin kawsay! ¡Sumaq kawsay!  
¡Miski runasimta rimanchis,  
palabras de taytas sagrados!  
¡Rikch'ariy, rikch'ariy, kusi llaqtay!

¡Kusi patapi tusurimuy,

tusuy, tusuy, danzaremuy!  
¡Yahaha, yahaha!  
¡Wiphala verdadero!

Solo hermanos entre nos,  
ancianos venerables,  
varayuqkuna, cargayuqkuna,  
wawqiy panaykuna,  
ponchos de vicuña,  
pechos sin ira,  
simples de ruda sabiduría,  
bajo el amparo  
del Dios de las semillas,  
de las amplias sementeras,  
potros morochucos runtusapachas,  
chicha de unánime vigor,  
porque Tú nos alumbras  
y nos amas, allin Yayachay,  
Sapan Apu Tiqsi Pachakamaq.

¡Hermanokuna, kumpadrikuna!  
Esto he escuchado decir  
a los Inka en mi soledad:  
debemos curarnos unos a otros  
prodigándonos buenas palabras,  
erradicando la mentira  
y la maldición.  
No decir salvajes y bestias  
a quienes con amor  
cultivan y cosechan.

¡Projimokuna,  
runamasikuna,  
habitantes del planeta!  
lo mejor es apaciguar deseos  
y contemplar la vida  
de las flores pensantes,  
la vibración interna de las piedras,  
la necesaria pureza del aire,  
nuestro parentesco con el agua,  
nuestra irrompible pertenencia  
al fino tejido que vincula  
todas las existencias.

Lo mejor es agradecer  
al fuego y al viento,  
a la nutricia de yana allpa,  
al diurno alimento y a la noche,  
al kamay animador  
de los cometas y planetas,  
que alumbra las estrellas

y las hojas redondas  
de la primicia nativa,  
del kintu verde que nos dona  
inmensos pensamientos,  
pulsaciones imbatibles,  
palabras de otro tiempo  
videntes y sanadoras.

Elevar plegarias, cantos, alabanzas,

sonido del arpa y chocar metales  
desde donde emana la fuerza  
de las altas chorreras.

Ofrendar nuestras vidas,  
subir de rodillas las cuestas,  
los caminos empinados,  
y darse por entero al Gran Misterio,  
que todo lo vivifica,  
Dios de vida inconfesable,  
origen del mundo  
más allá del mundo,  
Pachayachachiq, Hatun Yaya,  
Sumaq Sumaq, increado creador.

Y al fin contemplar  
sentado sobre esta tierra  
que es mi primitiva casa,  
que el río andino suena sereno  
rejuvenecido como el águila.

Hombres y mujeres danzan,  
yanapaq tusuy, kusi tinkuy,  
alegre cuerda amerindia,  
sumaq llaqta, sencillo  
sin maldad ni egoísmo,  
libre de sobresaltos,  
peregrinos de verde fuente  
dando nacimiento al día  
que se explaye en su vertiente.

Desde el fondo de los lagos,  
desde cavernas tapadas con piedras,  
desde espesas selvas,  
emergen los Inka dorados,  
los quri hamut'aq.

Ha llegado el día  
de la vuelta de Inkarrí  
en las células de los sabios,  
en sus palabras,  
en sus cantos antiguos  
que volvemos a recordar.

Tawantinsuyuq waynakunan,  
escuchen el testimonio  
del testigo verdadero:  
llegará el día de los humildes,  
se calmará la sed de los sedientos,  
descansarán los cansados,  
los que nunca doblaron la rodilla  
antes los hijos del supay.  
Entonces todo será armonía  
y ánimo sincero.

¡Somos altura imprevista!  
¡Somos tierra fecunda!  
¡Somos vida original  
que nunca se apaga  
y no deja de gestarse  
renovada por la luz!

